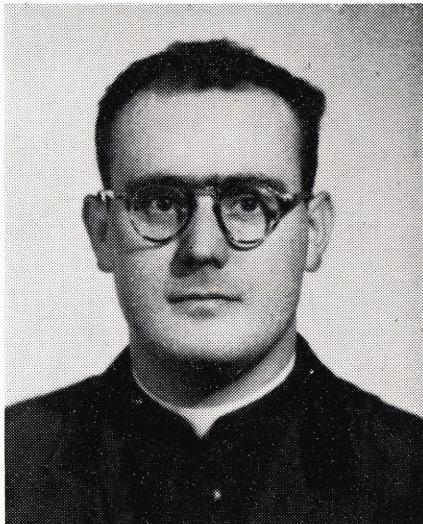


Inspectoria Salesiana "María Auxiliadora"
S e v i l l a



Reverendo Don Francisco Rodríguez Regalado

Os comunico la triste noticia da la muerte de nuestro hermano

Francisco Rodríguez Regalado

sacerdote salesiano, acaecida en la Casa Inspectorial de Sevilla el 14 del pasado mes de julio.

Francisco había nacido en Cerezal de Peñahorcadá, hermoso pueblecito de la provincia de Salamanca. Hijo de una familia numerosa en hijos, llena de cristianas virtudes que alimentaban sus padres.

Desde muy niño vivió Francisco muy cercano a los ideales sacerdotiales.

En 1935 se presenta en el aspirantado salesiano de Montilla, donde hace los estudios de humanidades. Era inteligente, despierto, sencillo.

En esos años de aspirantado sufre una enfermedad que en algún modo habría de marcar su vida. Repuesto de ella vuelve otra vez a la Casa de Formación; sin embargo el dolor lo fue marcando a través de los diversos períodos y en modos diversos. Sus ansias de vivir y trabajar le hacían someterse con una gran exigencia a las órdenes del médico.

Hace en San José del Valle su Noviciado y los años de Filosofía y poco después en Madrid los estudios de Teología, ordenándose sacerdote en Madrid el 24 de junio de 1951.

Ejerce el ministerio sacerdotal en las Casas de Campano, Utrera y San José del Valle. Los últimos años de su vida los dedica a ser el encargado de la Librería de María Auxiliadora en Sevilla.

A lo largo de su vida fue creciendo un carácter en el que destacaron siempre las cualidades sacerdotiales y pedagógicas y un amor acendrado a la Congregación.

Su entrega en los diversos lugares en que estuvo, fue total. Tenía una condición especial, que le hacía buscar, pasar desapercibido, dedicándose a los menesteres más sencillos.

Ajeno a las manifestaciones públicas era asiduo en el trabajo, en la dedicación a sus ocupaciones diarias y al confesonario.

Durante el tiempo que dedicó su trabajo a la Librería de María Auxiliadora, dio un especial impulso a la difusión de las imágenes de la Virgen.

Su oficina era un lugar donde sacerdotalmente daba consejos, aclaraba dudas a las personas que se le acercaban e iluminaba sobre libros formativos a quienes acudían a él.

A lo largo de sus cartas de petición de votos, como de órdenes sagradas, insiste siempre en algo que le distinguiría en su vida: salvar almas, que no tienen quienes les enseñen el camino.

Fue persona consecuente con la formación recibida y de una fidelidad a toda prueba a los compromisos religiosos.

En la administración de los bienes de la Congregación, cuando tuvo encargo, fue de una acrisolada honestidad, como consecuencia de su sentido de la pobreza. Era fiel a su vida interior disculpándose con mucha dificultad y en contadas ocasiones. En la última visita que hizo a sus familiares quiso pasar la Nochebuena

en medio de todos. Participó de la alegría de los hermanos y, al fin, en los momentos de sinceridad quiso hacer su despedida de todos. Presentía que aquella era la primera y la última Navidad vivida con su familia desde que se había integrado a la Comunidad Salesiana.

Dio a todos su impresión de la incertidumbre y lo transitorio de la existencia, con la urgencia de vivir en consecuencia con la fe, porque después de la muerte no caben lamentos.

La vida de este hermano nuestro con su entrega a Dios y su disponibilidad para el servicio de los hombres, es para nosotros una buena lección.

Su marcha por la vida no ha sido fácil, pero hoy tenemos la esperanza fundada de que reza por nosotros y por nuestras necesidades en el Cielo, junto a D. Bosco.

Dedicó sus cuidados a los Antiguos Alumnos, quienes les correspondieron con un gran afecto, como pudo demostrarse a lo largo de su enfermedad y a la hora de su muerte.

La lucha entre sus ansias de vivir y la fuerza de la hepatitis iba minando su naturaleza. Cada recaída se prolongaba más y nos dejaba menos esperanzas de recuperación. Pero él, en medio de todos, aparecía permanentemente optimista.

Le atendía un médico antiguo alumno salesiano con exquisitos cuidados.

En la madrugada del día 14 de julio se sintió indisposto. No quiso avisar a nadie, por aquel sentido extraordinario de delicadeza que le adornaba.

Cuando se le fue a llevar el desayuno, como cada mañana, le encontraron sentado en su habitación y acababa de morir. Acudió un sacerdote de la comunidad para absolverle, pero definitivamente nuestro hermano había dejado de sufrir.

Acababa de cumplir los 58 años de edad y los 22 de sacerdocio.

Al día siguiente, con la presencia de sus hermanos, uno de ellos sacerdote salesiano y de hermanos venidos de diversas casas, así como numerosos amigos y Antiguos Alumnos, el Sr. Obispo Auxiliar de Sevilla, Mons. Montero, celebraba el funeral y nos acompañaba en los últimos instantes.

Su muerte nos sorprendió a todos por lo rápido de su desenlace, cuando otra vez comenzaba a recuperarse. Sin duda alguna entraba en su estilo de vida el pasar por la tierra sin mucho ruido.

Agradecemos de modo especial a las personas que le atendieron durante su última enfermedad sus cuidados y el afecto que demostraron tener a él y a la Congregación.

El Calendario de María Auxiliadora de este año, al que él dedicara siempre tantos cuidados, nos llega con el recuerdo de su vida.

Ofrezcamos al Señor nuestras oraciones por él y para que nos envíe sacerdotes y coadjutores capaces de seguir su estela.

Pedid también por vuestro afmo.

Felicísimo Aparicio
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sacerdote Francisco Rodríguez Regalado, nacido en Cerezal de Peñahorcadá (Salamanca) el 4-7-1921, murió en Sevilla el 14-7-1979, a los 58 años de edad y 22 de sacerdocio, 37 profesión.